

El misterio de la Encarnación Jesús, modelo de humanidad

Mons. Estanislao Esteban Karlic

Arzobispo de Paraná

Presidente de la Conferencia Episcopal Argentina

El Hijo de Dios se hace hombre, para que el hombre se haga hijo de Dios. Con esta expresión de los Santos Padres hemos de enmarcar nuestra exposición, en la que queremos mostrar que la humanidad nueva, la que Jesús incorpora a su misterio, ha de vivir su verdad y su destino imitándolo a Él. Él es su modelo. Por Cristo, con Él y en Él debe el hombre realizarse en la historia dando gloria a Dios Padre en el camino hacia la vida eterna.

Mientras se aproxima el Tercer Milenio y los hombres se disponen a vivir su humanidad con la esperanza de crecer haciéndose más hombres a pesar de todas las dificultades de la existencia, queremos profundizar en la verdad de que no hay bajo el cielo otro nombre en el que el hombre puede ser salvado sino el de Jesucristo. Él, sólo Él, es la esperanza firme de nuestra salvación.

1. El Hijo de Dios se hace hombre

1.1. La plenitud de los tiempos

«Al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer»¹. El Hijo de Dios nace pues en la plenitud de los tiempos, o mejor, Él constituye la plenitud de la historia, al llenarla con su riqueza infinita y con la gracia de su redención. La Encarnación es la plenitud de las bendiciones de Dios², porque Él nos ha dado todas sus bendiciones en Cristo, «imagen de Dios invisible, primogénito de toda la creación»³. «Todas las cosas han sido creadas por medio de Él y para Él, y Él es antes que todas las cosas y todas tienen en Él su consistencia»⁴.

Todo fue ordenado en el designio divino para ese momento. Desde la creación, primer acto del amor de Dios con que inicia la historia, todo preparaba el mundo en que nacería Jesús: la creación de Adán, imagen de Dios, figura de Cristo, pasando por el pecado de los primeros padres, por Abraham y las promesas, por Moisés y la Antigua Alianza. Todo esperaba al Mesías Salvador. Llegada la hora por Él establecida, el Padre envía a su Hijo al mundo. El Verbo de Dios se hace carne. Es decir, el que es espíritu purísimo se hace material, el que es eterno se hace temporal, el que es inmortal se hace mortal.

1.2. La Encarnación del Hijo de Dios

Siguiendo al Santo Padre en *Tertio millennio adveniente*, hemos de destacar la radical significación de la Encarnación para toda la creación y su tiempo, y confesar otra vez, con toda la fuerza de nuestra fe, la realidad de este misterio que divide en dos la historia y constituye su culminación.

El Santo Padre narra el nacimiento de Jesús en Belén, para que la contemplación de la dulce escena del Niño recién nacido acompañado de María su Madre, nos haga vivir con intenso realismo la verdad maravillosa de la Encarnación del Hijo de Dios: el verdadero Dios se ha hecho verdadero hombre. El Papa fortalece la confesión de fe recordando la Anunciación hecha a María por el ángel, de este designio divino, y citando a San Juan, que sintetiza en una frase la profundidad del misterio: «Y la Palabra se hizo carne y puso su morada entre nosotros, y hemos contemplado su gloria que recibe del Padre como Hijo único, lleno de gracia y de verdad»⁵.

El Papa, para confesar el misterio completo destacando la divinidad de Cristo, continúa: «Para Juan, en la concepción y en el nacimiento de Jesús se realiza la Encarnación del Verbo eterno, consustancial al Padre. El Evangelista se refiere al Verbo que en el principio estaba con Dios, por medio del cual ha sido hecho todo cuanto existe; el Verbo en quien estaba la vida, vida que era la luz de los hombres»⁶⁷.

Éste es el admirable designio divino. El Hijo Eterno igual al Padre, consustancial a Él, es enviado para hacer su morada entre nosotros. No sólo es su morada el seno del Padre, sino su propia humanidad, el seno de la Virgen Santísima y el corazón de la historia de los pueblos.

La Iglesia ha confesado con claridad y gozo todos los días a lo largo de los siglos la verdadera humanidad de Jesús, como lo hizo con su divinidad. Jesucristo es verdadero y perfecto hombre.

Es muy iluminador el recordar la firmeza y la reiteración con que se defendió la integridad de la humanidad de Cristo a lo largo de los siglos. Los Padres decían que no se había redimido lo que no había sido asumido, de suerte que se falseaba la redención cuando se negaba la integridad de la humanidad del Señor.

«Las primeras herejías —dice el *Catecismo de la Iglesia Católica*— negaron menos la divinidad de Jesucristo que su humanidad verdadera (docetismo gnóstico)»⁸. El Concilio de Calcedonia (año 451), después de siglos de difíciles disputas, formula el misterio de Cristo de manera admirable: «Siguiendo, pues, a los Santos Padres, enseñamos unánimemente que hay que confesar a un solo y mismo Hijo y Señor nuestro Jesucristo: perfecto en la divinidad y perfecto en la humanidad; verdaderamente Dios y verdaderamente hombre compuesto de alma racional y cuerpo; consustancial con el Padre según la divinidad, y consustancial con nosotros según la humanidad, “en todo semejante a nosotros menos en el pecado”⁹, nacido del Padre antes de todos los siglos según la divinidad; y por nosotros y

por nuestra salvación, nacido en los últimos tiempos de la Virgen María, la Madre de Dios según la humanidad»¹⁰.

Y en el Concilio II de Constantinopla (año 553) la Iglesia sostiene: «El que ha sido crucificado en la carne, nuestro Señor Jesucristo, es verdadero Dios, Señor de la gloria y uno de la Santísima Trinidad»¹¹. Aquel que padece la muerte, como todos los hombres, es Dios verdadero.

Uno de la Trinidad se ha hecho uno de nosotros, de la estirpe humana, y, porque nacido de María, se ha hecho de la estirpe pecadora que procede de Adán, a la cual redimirá de su pecado.

En Jesucristo se hace visible el misterio de su filiación eterna, porque vivió siempre en obediencia al Padre, desde su concepción en el seno inmaculado de María Santísima, cuando dijo: «He aquí que vengo a hacer tu voluntad»¹², hasta su entrega en la cruz cuando exclamó: «Todo está cumplido»¹³. Jesucristo es la versión temporal de la filiación divina, la presencia del Hijo de Dios en la visibilidad de la carne humana y en la experiencia del fluir del tiempo. En la Encarnación, la filiación eterna del Hijo se hace verdad temporal. El Padre hace oír su voz sobre Jesús: «Hoy te he engendrado»¹⁴. La Encarnación es en verdad epifanía de la intimidad de la vida trinitaria, es cumbre de la revelación y de la economía divina, porque revela también el misterio del Padre que envió a su Hijo y el del Espíritu que Cristo nos manda junto con el Padre, y que nos hace capaces de exclamar *Abbá* cuando hablamos con el Padre de Jesús. El misterio de Cristo sólo se comprende en el misterio de la Santísima Trinidad, que Él mismo nos revela.

Jesús, hombre perfecto, es modelo de nuestra humanidad de hijos adoptivos, en definitiva, porque al llamarnos y capacitarnos a imitarlo, nos incorpora al misterio de la Trinidad, para que como hijos adoptivos en el Hijo Eterno, movidos por el Espíritu Santo, respondamos siempre y totalmente al amor primero del Padre, aquí ya en la historia, en marcha hacia la gloria.

Cristo nos invita, pues, a ser, en Él, hijos del Padre, hermanos de los hombres y señores del mundo. La imitación de Cristo tiene como objetivo completar en nuestra carne lo que falta a su pasión acabando o continuando en nosotros la obediencia filial de Jesús. Ser hombre nuevo, o simplemente vivir la verdad del hombre según el designio de Cristo, es imitarlo en su obediencia filial al Padre y en su amor hasta la muerte, siempre con la ayuda necesaria del Espíritu Santo. El seguimiento de Jesús será también ejercer la fraternidad con todos los hombres con la gratuidad del amor auténtico de Jesús, fraternidad que deberá acompañar y servir en la vida a todos los hombres que se encuentren en el camino del tiempo como lo hizo Jesús.

La imitación de Jesús es contemplar, recibir y usar las cosas, el universo, como don de Dios, universo que ha sido esclavizado por el pecado de los hombres, y que espera su liberación, incoada ya aquí en la tierra para que nos sirvan para la salvación y al fin, en el

cielo, para que nos muestren la gloria espléndida de Dios. Desde la creación de la nada, las cosas esperan ser conocidas y utilizadas para que, reconocidas y agradecidas por el hombre, se hagan en él, por Jesucristo, y en Cristo mismo, gloria del Padre.

La verdad de la realidad de la Encarnación sostiene nuestra imitación del Señor. Esta imitación es a su vez participación real de su misterio por la vida nueva de la gracia que recibimos y por la comunión con Cristo como miembros de su Cuerpo Místico. «No sólo nos llamamos sino que verdaderamente somos hijos de Dios»¹⁵, nos dice San Juan, y San Pablo completa: «Sois miembros de Cristo»¹⁶.

2. Para que el hombre se haga hijo de Dios

2.1. Dignidad de la persona

El Hijo de Dios se hizo hombre para que el hombre, todo hombre, se haga hijo de Dios. Dios Padre nos ha elegido en Cristo y nos ha predestinado a ser hijos adoptivos suyos por Él¹⁷. En el bautismo renacemos por el agua y el Espíritu, y somos transformados en una nueva creatura. Y los que no se bautizan son tocados por el Señor, Verbo Encarnado, de tal manera que por modos por nosotros desconocidos puedan llegar a participar de la redención del Señor.

Al realismo de la Encarnación corresponde el de la gracia, el de la vida nueva de hijos de Dios. Si en realidad el Hijo de Dios se hizo hombre, en realidad también el hombre se hace hijo de Dios, participa de la vida de Jesucristo.

La imitación, decíamos, no es sólo desde fuera, no es imitación de un modelo distante o simplemente separado, sino que es el seguimiento de Aquel de cuya vida participamos, es llegar a ser en plenitud lo que ya tenemos en germen. Hemos recibido en el bautismo la semilla divina de la vida divina, participación real del misterio de Cristo, como lo ha enseñado tan clara y ricamente el Concilio de Trento. Podemos parafrasear la exhortación de Juan Pablo II a la familia: cristiano, sé lo que eres. En 1997 el Papa nos invita a celebrar especialmente a Cristo y al bautismo. Es una oportunidad excepcional para enseñar el misterio de la dignidad humana. Ésta es una oportunidad especial para América Latina, en donde la gran mayoría son bautizados.

La Iglesia católica proclama con firme certeza la realidad de la Encarnación, de la Eucaristía y de la gracia, como verdades fundamentales que sostienen su esperanza. No se apoya en ideas sino en realidades, en definitiva, en la de Cristo, en quien todo tiene su consistencia. El cristianismo es absolutamente realista. Su realismo tiene su consistencia por Cristo, con Él y en Él.

La imitación de Jesús no es simplemente semejanza de gestos y palabras, sino adhesión fundamental por la fe, la esperanza y caridad, de toda la persona, en toda su

existencia. Como Jesús no es sino una pura referencia de amor al Padre que entrega todo lo que es a quien antes lo engendró, de modo semejante, llevado por el mismo Espíritu que impulsa a Jesús, el cristiano se consagra al Padre en Cristo desde lo más profundo de su ser, asumido, sanado y elevado por la gracia a la altura absolutamente sobrenatural de hijo de Dios. Es una entrega que supone la fe, la esperanza y la caridad, que dan la inteligencia de la palabra del Señor que llama, y la fuerza del Espíritu que sana e impulsa la libertad del amor al Señor que se entregó por nosotros.

Jesús nos invita a participar realmente en su vida y su obrar. El hombre se hace hijo adoptivo de Dios en su ser, en su obrar y en su hablar. Es imitación de sus gestos y de sus palabras como identificación progresiva del hijo adoptivo con el Hijo Primogénito. Así va pasando de imagen a imagen para hacerse más semejante a Quien es Imagen del Padre, y así va pasando de gloria en gloria, para anticipar la escatología en la gracia.

Es Cristo el modelo porque en Él el Padre revela al hombre quién es y cuál es su destino. En Él Dios ha dicho la palabra definitiva sobre el hombre y la historia. Él es Señor de la historia, Alfa y Omega, Principio y Fin de la historia de todos los hombres.

La imitación, cualquiera sea su forma concreta, será siempre introducirse en el corazón de Cristo para glorificar con Él al Padre con la fuerza del Espíritu, en orden a salvar al mundo. Él es quien recapitula toda la creación y, como Señor del cosmos, establece el nuevo orden cósmico.

Sin duda la imitación de Cristo no condice con ninguna cultura hecha de fragmentos sin unidad y de instantes sin sentido. Acoge el pasado, las maravillas que Dios obró por su Pueblo, construye el presente con el empeño de toda la persona, buscando la comunión de todos los pueblos, y se encamina hacia el futuro en el tiempo y en la gloria.

El hombre va transformándose de imagen en imagen por su vida de libertad y de amor, para hacerse cada vez más cercano a la gloria de Cristo. La religión cristiana, dice el Santo Padre, es una religión de la gloria¹⁸.

Para vivir su dignidad y cumplir su destino en el seguimiento de Cristo, debe meditar las palabras y contemplar los gestos de Jesús, y llenando su interior con los sentimientos del Señor, con la ayuda de su Espíritu, construir su historia individual, como parte de la historia única que el Padre conduce con su Providencia, historia de la cual es Señor Cristo Jesús.

Es todo el hombre el que ha sido elevado y dignificado, porque Jesucristo es perfecto en su humanidad, cuerpo y alma; sentidos, inteligencia y voluntad, todo debe manifestar en el hombre la dignidad de hijo de Dios. El hombre, decían los antiguos, ha sido divinizado por la gracia, que es participación de la vida divina. Podemos usar en este sentido la expresión de Pascal: el hombre supera al hombre. Es decir, el hombre según el Plan de Dios en Cristo, supera al hombre concebido en sus puras fuerzas naturales, como lo puede conocer la razón.

Pero hay que subrayar también que esta elevación redentora es siempre actualización de la naturaleza humana. El cristiano es un ser humano santificado. No es de naturaleza diferente a la de los otros hombres. Si es sujeto de la vida nueva de hijo de Dios, debe saberse más exigido a la perfección de sus virtudes humanas. Es decir, no sólo debemos hablar de divinización sino también de humanización. Ser más de Dios significa ser más hombre, de la raza de Adán. San Agustín tiene una expresión muy lograda que nos ayuda a expresar lo que queremos explicar. Dice así: Todo hombre es Adán; todo hombre es Cristo. Porque todo hombre procede de Adán y trae su historia de pecado y promesa de redención, y todo hombre es Cristo porque está llamado a participar de la gracia de su vida y ha sido tocado por su misterio desde su concepción.

Porque Cristo es verdadero Dios y verdadero hombre, en todo hombre se debe verificar el misterio de ser hombre en el misterio de Cristo, pasando de la vida herida de muerte por el pecado de Adán, a la vida de resurrección en Cristo Redentor.

El hombre, pues, es en verdad un misterio que sólo se esclarece y se realiza en el misterio de Cristo, el Hombre Nuevo, de Cristo pascual, por quien es capaz de anticipar la gloria de la comunión con Dios Padre y con los hombres sus hermanos, a través de las opciones y de las acciones de su libertad.

2.2. Comunión fraterna

Jesucristo nos reúne en su Cuerpo Místico, y nos hace Pueblo y Templo en su Iglesia. Imitar a Jesús significa seguir su mandamiento de amor al prójimo, para constituirnos en la unidad de los hermanos. No hemos sido creados para la soledad sino para la comunión.

Esta comunión es también un misterio divino-humano. Si no es concebible la vida puramente individual desde el punto de vista natural, mucho menos lo es desde el misterio de Cristo. Él ha sido enviado para recapitular todas las cosas, las del cielo y las de la tierra, y para ser Cabeza de su Cuerpo, la Iglesia. Jesucristo es modelo de humanidad no sólo porque nos enseña cómo comunicarnos con los demás, cómo servirlos con sincero afecto, sino porque nos quiere fieles en el amor fraterno, dentro de la familia de los hijos de Dios, que es la Iglesia, su Cuerpo Místico. El hombre, llamado a la comunidad humana desde su ser natural, siguiendo a Cristo escucha el llamado superior al amor fraterno y fiel, semejante al amor por nosotros del mismo Jesús. El vínculo al que está destinado todo hombre es el de la caridad, semejante a la caridad de Cristo. Es lo que une a los santos, que ya se siembra en todo bautismo y debe culminar en cada Eucaristía. Es el vínculo que corresponde a la condición misma de la realidad sobrenatural, de la vida de la gracia que sin embargo siempre puede ser resistida por la libertad del hombre frágil. Es la comunión a la que llama el Verbo que por la Encarnación se ha unido en algún modo a todo hombre.

Nadie puede vivir la comunión fraterna en plenitud sin la plenitud del amor de Cristo. Sólo porque Cristo nos amó primero puede el hombre amar de verdad a los demás con la

fidelidad del auténtico amor. Cada uno debe imitar al Señor que para ello ofrece a todos la fuerza de su Espíritu. Dios da a todos la posibilidad de que por modos muchas veces sólo por Él conocidos, ellos se asocien al misterio pascual y participen de su gracia¹⁹.

2.3. La acción humana

2.3.1. La libertad de los hijos de Dios

La libertad es la capacidad que tiene la persona humana de disponer de sí mismo en orden a su fin, a su destino, con independencia de cualquier determinismo, interior o exterior. Por la libertad el hombre debe elegir aquello que Dios le señala como su bien. En realidad elegir es elegirse, porque es aceptar el destino, el fin que Dios le regala al hombre como plenitud de su creación. Por este modo, por la elección, el sujeto define su rostro moral, su identidad ética y se hace padre de sí mismo, según la expresión de un Padre de la Iglesia. Si la libertad es un don, el mandato de Dios es también un regalo. Por los mandamientos Dios nos indica el camino de nuestra libertad para que nos realicemos. Indicarnos el camino de nuestro bien es un don divino.

En verdad la libertad, por el pecado original, ha sido herida y no es liberada de su inclinación al pecado sino por Cristo. Es libertad auténtica la que ha sido liberada por el amor nuevo de Cristo que infunde su Espíritu para sanarnos y restaurarnos. Sólo con la gracia de Cristo puede la libertad humana cumplir la ley moral en su totalidad y siempre. Si alguien la cumple de esa manera, lo sepa o no lo sepa, lo hace por la gracia de Dios. Pensamos en algún hombre noble que no se haya confesado cristiano. Podemos decir que si ha observado los preceptos de su conciencia todos y siempre, ha sido por la gracia de Cristo que le ha sido concedida por Cristo, para sostener su libertad en la obediencia de la voluntad de Dios.

La vida del Espíritu, pues, es la vida de la libertad, de la libertad de los hijos de Dios. A la libertad nos ha llamado Cristo. Donde está el Espíritu de Cristo, allí está la verdadera libertad.

La vida digna del hombre es imitación de la libertad de Cristo, por quien somos capaces del acto propio de la libertad auténtica que es el amor a Dios y al prójimo. El hombre debe estar dispuesto siempre a la entrega total como hizo Cristo. Sólo el Espíritu del Crucificado nos hace capaces de la auténtica libertad de los hijos de Dios, que es la plenitud de la libertad de todo hombre.

En fin, podemos decir que la medida de la imitación de Cristo es la del amor, y la de la auténtica libertad. Ésta es la realización personal del hombre, en la comunión con Dios y los hermanos.

2.3.2. La acción humana y la cruz de Cristo

En su Encarnación redentora el Verbo de Dios asumió toda la condición humana, el ser y el obrar del hombre, en su condición histórica de pecado y hasta su última consecuencia, la muerte. Por ello la acción humana ha sido redimida, y elevada a la dignidad cristiana, es decir, a acción que prolonga el misterio de la acción de Cristo. Él nos manda a amarnos como Él nos ha amado y a completar en nosotros lo que falta a su pasión.

Debemos sostener, pues, que también la acción humana ha sido asumida, sanada y elevada por Cristo, por la gran acción humano-divina de Cristo que es su amor.

El Señor, perfecto en su ser humano, es también perfecto en su obrar humano, porque es sin mancha de pecado y porque es en verdad obrar del Hijo de Dios igual al Padre. Y su perfección consiste en el amor de la cruz.

El Señor nos enseña así que la perfección del amor está en la cruz, en el entregarse hasta la muerte.

Podemos exponer brevemente esta idea con una fórmula profunda y muy feliz que aprendí de un obispo: amar es dar, es darse, es renunciarse.

Amar es dar: si amar es querer bien a alguien, cuando nos referimos a otra persona es deseo de compartir algún bien con él.

Amar es darse: nadie da algo correctamente sino amando desde su propio interior al otro, es decir, brindándole su propio amor, y en él, el servicio real, generoso, gratuito de su persona, dándose a sí mismo. El primer don del donante es el propio amor y la propia persona.

Amar es renunciarse: no hay mayor amor por el amigo que dar la vida por él. En el servicio que entrega la propia vida se expresa el amor total y definitivo. La muerte por el amigo tiene la medida de la totalidad de los bienes del que ama, que quiere servir para que el otro viva. Y además tiene la dimensión de lo definitivo, de la eternidad del amor. Esta muerte tiene sentido.

No es entrega para nadie ni a la nada, sino a las manos del Padre que quiere recibir en el amor de sus hijos la respuesta confiada a su amor primero, en la esperanza cierta de entrar a la vida de la resurrección. La muerte adquiere pleno sentido en la muerte de Cristo, que se entregó al Padre para llevarnos cautivos en el amor hacia la gloria.

De esta manera es como el amor y la libertad llegan a su culminación. El amor, por ser total y definitivo. La libertad, por ser disposición señorial de sí poniéndose en las manos del Señor para siempre.

2.3.3. Cristo presente en la historia

El Verbo se hizo hombre asumiendo la condición propia de nuestra raza pecadora desde Adán. Asumió, redimió y elevó la condición humana en sí mismo, para que nosotros, por comunión con Él, participáramos de su gloria. La resurrección no es un acontecimiento que quedó en el pasado como los hechos meramente humanos. Cristo resucitado, que

permanece junto al Padre en la eternidad del cielo, se hace presente en la historia que ha conquistado con su sangre. Él ha transformado el tiempo, porque ha transformado al hombre. Hoy se hace presente a todos los hombres para que se abran a su gracia. Su llamado es universal y siempre actual. De Él, de un resucitado, debemos recibir la vida nueva. Estamos llamados a ser hijos de la resurrección. Cristo resucitado es nuestra esperanza. Hacia Él nos encaminamos: nuestro destino es la realidad de Cristo resucitado y no una utopía que pudiera crear nuestra mente. De Él ya participamos en el claroscuro de la fe, de la vida de la gracia, la vida del camino. Los que creemos y seguimos a Cristo ya en el tiempo realmente somos hijos de Dios, esperando la plena revelación y la plena participación al final del camino.

3. Conclusión

Recordábamos al comienzo la enseñanza de los Padres: El Hijo de Dios se hace hombre para que el hombre se haga hijo de Dios. Jesucristo es la revelación del misterio de la Santísima Trinidad y de su designio de amor de hacernos hijos en el Hijo. Por eso dijimos que el hombre es un misterio que sólo se esclarece en el misterio de Cristo, el Verbo Encarnado. Por Él, con Él y en Él debe el hombre atravesar el umbral del Tercer Milenio, para hacer del tiempo y de la historia un advenimiento que apresure el reino de Dios. El tiempo no es algo que pasa, es Alguien que viene, Jesucristo el Señor.

¹Gál 4,4.

²Ver Ef 1,2-5.

³Col 1,15.

⁴Col 1,17.

⁵Jn 1,14.

⁶Ver Jn 1,1-5.

⁷*Tertio millennio adveniente*, 3.

⁸*Catecismo de la Iglesia Católica*, 465.

⁹Heb 4,15.

¹⁰DS, 301.

¹¹DS, 432.

¹²Heb 10,7.

¹³Jn 19,30.

¹⁴Lc 3,22.

¹⁵1Jn 3,1.

¹⁶1Cor 12,27.

¹⁷Ver Ef 1,4-5.

¹⁸Ver *Tertio millennio adveniente*, 4.

¹⁹Ver *Gaudium et spes*, 22.